

aparentemente exterior. Chagall, el pintor de cromáticas ascuas irreales, como el Greco, maestro de una privatísima escritura pictórica, es uno de los artistas gráficos más portentosos de la historia del arte. Además de sus mágicas litografías en colores y en blanco y negro, tenemos sus aguafuertes, sencillamente tan valiosas, por su importancia y su número, como su mejor pintura. Sus ilustraciones de las "Almas muertas", de Gogol —parto de la pura vivencia de la patria rusa—, de las "Fábulas", de Lafontaine, y sobre todo su monumental "Biblia", le sitúan en la línea de los más grandes ilustradores de todos los tiempos.

Chagall no sólo ha sabido arrebatarse a los amantes terrenales hasta un cielo de magia traspasado de pétalos, en sus cuadros, en sus litografías en colores para las "Mil y una noches"; ha logrado algo que desde el barroco y desde Delacroix no se ve en la pintura: ha creado ángeles "reales", en cuya existencia puede creerse, cuyo rumor de alas y cuyo mensaje de otros mundos nunca se estremecieron en más extraña atmósfera del aquí abajo.

Sin extraviarse, con el candor de un niño, como un artista ingenuo en el verdadero sentido de la palabra, ha realizado su obra de gigante impulsado sólo por el elemental impulso de lo fabuloso, de la "poesía" como creación de la pupila y para la pupila creada. Poesía en imágenes, pero nunca literatura pintada. "Lo que queda, sin embargo, es lo que hacen los poetas". Lo que levanta hasta la luz lo sepultado, lo inhumano, los tim-

bres de lo extinto y lo agita y lo hace sonar con voz nueva para un mundo y en un tiempo en cuya cotidiana realidad las realidades de lo mítico suelen ser desplazadas.

Para un mundo y en un tiempo cuya factualidad se convierte más cada día en abstracción, apaga la sed de formas asibles, de símbolos, sin los que lo humano se desmedra y se anquilosa lo vivo. Con ello, el Chagall "ya no moderno" cumple una función de muy actual eminencia en la economía espiritual de su tiempo, del nuestro. Se evidencia de pronto que el hombre al margen del presente y allende el presente, está, como "hacedor de lo que queda", vinculado a la pulsación del tiempo, al hondo aliento de la historia de nuestro siglo, de más entrañable modo que algunos saltarines vanguardistas de ayer o de hoy que se sienten sismógrafos de las conmociones históricas o se dejan loar como tales. No es él de los movidos, sino de los que mueven, aunque su obra hace ya mucho que no se interpreta como revolución, como provocación, como atrevimiento. Posiblemente, con el tiempo se hará el balance artístico de nuestra época menos por la línea de los grandes revolucionarios y realizadores creativos del acacer histórico que por la pauta de los pocos maestros que al observador de hoy en algún caso tal vez le parezcan anacrónicos, pues éstos expresan un alcanzado y rebasado sentido del presente que sólo en la retrospectiva puede revelar, de modo patente y claro, su significación de predominio.

ASOMBRO ANTE LA SINAGOGA DE OSTIA ANTICA

En el lugar donde fue encontrada la antigua sinagoga de Ostia, cuyo descubrimiento, a mediados de 1962, asombró al mundo de la arqueología y la religión, nuevas excavaciones han traído nuevas sorpresas. No sólo han confirmado lo que se presumió tras los primeros y sensacionales hallazgos, sino que han retrocedido en el tiempo, permitiendo afirmar ya, con seguridad absoluta, que la comunidad judía de Ostia Antica poseía, probablemente, en el siglo primero después de Cristo, la mayor sinagoga de todo el Imperio romano. Nadie hubiera podido imaginarlo cuando en el curso de los trabajos para la apertura de la carretera Roma-Fiumicino se tropezó con los restos antiguos de una edificación que demostraron pertenecer a un templo judaico. Mucho discutieron los arqueólogos sobre el

período en que debería datarse la sorprendente construcción, decidiéndose finalmente por el siglo tercero o cuarto de nuestra era, cálculo correcto, sin duda, pero que no tenía en cuenta el hecho de que las ruinas descubiertas descansaban sobre fundamentos mucho más antiguos, cuyo objeto no fue posible discernir en los primeros momentos. Hoy se ha averiguado ya que corresponden a la sinagoga subyacente, tres siglos más antigua. El asombro que produjo el primer descubrimiento fue justificado, siendo superado ampliamente por el resultado de las nuevas excavaciones.

La planta del edificio cubre una extensión de 860 metros cuadrados, representando el más vasto centro del culto judaico antiguo que conocemos, tanto en Occidente como en suelo israelí.